

CRÓNICAS

PREMIO NACIONAL DE PAZ

CRÓNICAS

PREMIO NACIONAL DE PAZ



CRÓNICAS. PREMIO NACIONAL DE PAZ

© Friedrich Ebert Stiftung en Colombia -Fescol-

© C3 - Centro de Competencia en Comunicación
para América Latina y el Caribe

© Marta Ruiz

Calle 71 N° 11-90

Teléfono: 57 (1) 3473077. Fax: 57 (1) 2173115

Correo electrónico: fescol@fescol.org.co

www.fescol.org.co

Primera edición

Bogotá D. C., noviembre de 2010

ISBN: 978-958-8677-02-6

Producción editorial

Éditer Estrategias Educativas Ltda.

ctovarleon@gmail.com

Diseño carátula: Camila Cesarino Costa

Fotografía de carátula: Augusto Rosas

Impresión: Editorial Gente Nueva

Impreso en Colombia / Printed in Colombia

CONTENIDO

| | |
|--|-----|
| PRÓLOGO | |
| UNA PAZ ESQUIVA | VII |
| LOS SOBERANOS | 1 |
| <i>Patricia Nieto</i> | |
| VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA | 19 |
| <i>Nelson Fredy Padilla Castro</i> | |
| LOS HIJOS DEL PROGRAMA DE DESARROLLO Y PAZ DEL MAGDALENA MEDIO | 33 |
| <i>Luis Alberto Miño Rueda</i> | |
| EL ARDUO CAMINO DE LA RECONCILIACIÓN | 53 |
| <i>Margarita Martínez Escallón</i> | |
| MONTES DE MARÍA: PASÓ LA MUERTE PERO NO EL OLVIDO | 67 |
| <i>José Alejandro Castaño</i> | |
| BATALLA SIN FIN POR UNA FÁBRICA DE CHOCOLATE | 79 |
| <i>Marisol Gómez Giraldo</i> | |
| LOS HIJOS DE LA GAITANA SIGUEN CRECIENDO | 89 |
| <i>José Navia</i> | |
| UNA DIÓCESIS EN MEDIO DEL OLVIDO | 103 |
| <i>Alejandra de Vengoechea</i> | |
| MADRES CORAJE | 115 |
| <i>María Teresa Ronderos</i> | |

| | |
|--|------------|
| LA FAMILIA AUSENCIA <i>Cristian Valencia</i> | 131 |
| CUADROS DE ESPERANZA EN SAN VICENTE DEL CAGUÁN <i>Pilar Lozano</i> | 145 |
| EL ENFERMERO DE LOS SECUESTRADOS <i>Alberto Salcedo Ramos</i> | 161 |
| “HERMANO PARA SIEMPRE” <i>Marta Ruiz</i> | 187 |
| VOLVER A EMPEZAR <i>Sandra Janer</i> | 199 |

PRÓLOGO

UNA PAZ ESQUIVA*

En Colombia se han explorado muchos caminos para la paz. En las últimas dos décadas se han firmado varios pactos de negociación entre grupos armados y gobierno. Han sido, por lo general, acuerdos entre las cúpulas de poder que han llevado en ocasiones a pactos políticos importantes que, sin embargo, no han significado casi nunca la pacificación de los territorios.

El desarme del M-19, el PRT, el EPL, el Quintín Lame, y la CRS a principios de los años noventa desembocó en la transformación del marco institucional del país, con la Constitución de 1991. Sin mediadores, sin sociedad civil, estas negociaciones fueron pactos de desarme a cambio de garantías para la integración a la vida social y política, que se dieron en un clima particular. Veníamos de una violencia atroz y desconocida: la del narcoterrorismo. Indiscriminada, masiva y brutal, había doblgado a una parte del Estado y la sociedad. Por encima de esa violencia anárquica, cuyo móvil era la codicia, emergía una violencia política encarnada en los guerrilleros y en un Estado que había abusado en múltiples ocasiones de su fuerza.

* Las crónicas publicadas en este libro fueron escritas durante el segundo semestre del año de 2009.

En contraste con la mafia, y en clara diferenciación con ella, los insurgentes y el gobierno hallaron en el acuerdo, en la concertación y en diálogo unos puntos de encuentro. La reforma de la Constitución y el mutuo perdón se abrió como camino imperativo para seguir adelante. Los adversarios se reconocieron como tales y se sentaron a la mesa a pactar una nueva constitución. La esperanza de una transición y de un nuevo pacto social colmó por lo menos momentáneamente las expectativas de un país que en ese entonces se identificó con la paz.

Pero la pacificación estaba lejos. No logró que se cerrara el capítulo de la rebelión insurgente. Por el contrario, mientras un sector de la política colombiana se encaminaba hacia el esquivo pluralismo y la consolidación de un Estado de derecho, las guerrillas que siguieron en armas se afincaron aún más en sus estrategias de guerra. Tanto el ELN como las Farc, pero especialmente estas, subordinaron cualquier movimiento y participación política a un plan para la toma del poder por las armas.

De otro lado, una serie de factores confluyeron para que los grupos paramilitares, otrora fraccionados y con dinámicas muy locales, se articularan en un proyecto nacional en el que hicieron simbiosis la violencia del narcotráfico, la de las élites políticas y económicas que se resistían a la modernización del país, y la de sectores derechistas que consideraban que las guerrillas podían ser derrotadas sólo si se las combatía con sus mismas armas.

Fue así como a finales de los noventa, un país bañando en sangre y agobiado por la pesadilla de las masacres, la toma de pueblos, los magnicidios y las desapariciones, se avocaba a una nueva negociación: la del Caguán. El escenario era completamente diferente al anterior. Para las Farc el diálogo no era más que un arma de acumulación en la guerra. Para el Estado, una manera de ganar tiempo y terreno mientras, con el Plan Colombia, las fuerzas armadas retomaban la iniciativa militar.

Mientras este juego de espejos se desarrollaba en los confines del país, con una puesta en escena dilatada y llena de incertidumbre, fuera de ese territorio surrealista donde se negociaba lo innegociable, el país vivía una orgía de muerte. En esos terribles años las víctimas

silenciosas esperaban a ver el desenlace. La geografía del país se transmutaba, con el desplazamiento; los ríos arrastraban decenas y miles de muertos. Los cementerios no podían guardar más sus NN. La esperanza de pacificación se diluyó en nuevas formas de violencia y su extensión a rincones del territorio donde no existía.

La regla general es que la sociedad civil ha sido un convidado de piedra en estas negociaciones, en las que el concepto de reconciliación ha sido apenas mencionado. El concepto de la paz como un pacto de élites ha sido revaluado por la experiencia. En Colombia cada pacto ha dejado violencias residuales que han hecho imposible el desarme total. Y ello ha sido así desde el Frente Nacional, firmado para ponerle fin a la guerra política con la alternancia del gobierno, y bajo cuya sombra creció la guerra insurgente, pasando por la negociación con las guerrillas de los años ochenta, cuyo legado tardío fue la nueva Constitución, pero que, por ser un pacto inconcluso e imperfecto, dejó abiertas las puertas de la guerra, que se agudizaría y tocaría fondo desde mediados de los noventa.

Quizá por esa triste condición, la sociedad civil empezó a crear sus propias experiencias de paz, muchas veces en contra del gobierno, que monopoliza este tipo de búsquedas. La idea de que las comunidades pueden hacer mucho por la paz, sin anuencia ni apoyo del Estado ha resultado incómoda en muchos momentos, pero ha mostrado un camino que tarde o temprano será valorado como lo que es, el cimiento de la reconciliación. Han sido personas anónimas, valientes y bien intencionadas quienes desde diferentes puntos de la geografía han hecho un concepto de paz integral que incluye frecuentemente el desarrollo, la búsqueda de un ejercicio pluralista y sano de la política y los derechos humanos. Miles y decenas de estas experiencias han florecido en el país, aún en los momentos más aciagos de la violencia. Se mantienen a pesar de los embates que reciben de los grupos violentos, o incluso a pesar de las propias desavenencias que surgen en su interior, como es natural en las obras humanas.

Justamente el Premio Nacional de Paz surge como un reconocimiento a la paz y la reconciliación que se construyen desde la base, en lo local, y no a la paz maximalista, tan esquiva como errática en el país.

Hay que reconocer que muchos de estos proyectos han estado animados, abiertamente o tras escena, por miembros de la Iglesia. Sacerdotes, monjas y grupos religiosos que han sido más que una mano amiga, casi un Estado de bienestar en zonas inhóspitas y olvidadas donde sólo ha llegado el hacha del colono, la coca, la violencia de los grupos armados y la bota militar del gobierno.

La mayor parte de los premios han sido otorgados en un período en el que desde el gobierno, y en especial el de Álvaro Uribe Vélez, se niega la existencia del conflicto y, por ende, de la negociación, y el país le ha apostado todos sus esfuerzos económicos y políticos a aceptar su maquinaria de guerra, confiado en que la Seguridad Democrática podrá derrotar a los grupos armados. Las comunidades muestran otra realidad y otro camino. Otra realidad, porque dan cuenta, como lo hace este libro, de que la crisis humanitaria persiste y las poblaciones están amenazadas por muchas fuentes de violencia nuevas y antiguas. Las mismas Farc que se dan por derrotadas, y los mismos paramilitares que se dan por desmovilizados.

Por eso, sin excepción, el relato presente de cada uno de los proyectos premiados es de lucha. Por la supervivencia, por la legitimidad, por abrirse espacio y ser visible en medio de una nube discursiva que niega el conflicto que ellos viven cada día.

Las comunidades han mostrado un camino diferente al de la muerte. Han construido conceptos más participativos de la seguridad y han elevado ideales como la democracia, el bienestar colectivo y el pluralismo, como estandartes de sus organizaciones. También hay individuos a los que se les ha premiado justamente porque su labor solitaria y tenaz se ha convertido en paradigma y ejemplo de resistencia o solidaridad.

No puede decirse que los premios de paz hayan logrado la pacificación de sus regiones. Sería mucho pedir. Pero sí han trazado una ruta y se han convertido en la primera piedra que tarde o temprano servirá para edificar un proyecto de reconciliación nacional. Un horizonte que parece todavía lejano.

MARTA RUIZ
EDITORA

LA FAMILIA AUSENCIA

CRISTIAN VALENCIA*

Desesperado por el largo secuestro de su hijo Pablo Emilio, el profesor Gustavo Moncayo decidió recorrer a pie el país clamando por el intercambio humanitario. Su travesía se convirtió en un símbolo de lucha por la libertad y volvió a poner los ojos del país y del mundo en el drama de quienes siguen cautivos. Por eso Moncayo fue uno de los ganadores del Premio Nacional de Paz en 2007.

El sargento Pablo Emilio Moncayo recobró la libertad el 30 de marzo de 2010. Esta crónica fue escrita meses antes de su liberación.

* En 1992 ganó la primera mención del Concurso de Libro de Cuentos convocado por el IDCT, con *Güisqui en las rocas*. En 1997 obtuvo una Beca de Creación del Ministerio de Cultura en la modalidad de novela con *El último comisario de la ciudad*. En el año 2000, la Primera Mención del Concurso Iberoamericano de Crónica, Cronistas del siglo XXI, convocado por la revista *Gatopardo* para toda Latinoamérica. Trabajó durante tres años en la revista *Cromos*, en donde escribió la columna de libros semanal, y publicó crónicas y reportajes. Su trabajo también ha sido publicado en las revistas *Soho*, *Credencial*, *La Revista* del diario *El Espectador*, y en el periódico *El Tiempo*. Publicó con Grupo Editorial Planeta las novelas *El rastro de Irene* y *Bitácora del dragón*. Y con la editorial Random House Mondadori, el libro de crónicas *Hay días en que amanezco muerto* en el 2007. Actualmente escribe crónicas y reportajes para distintos medios de comunicación, es escritor acompañante de Renata (Red Nacional de Talleres literarios) para el Ministerio de Cultura, dirige el taller de crónica del Distrito capital y tiene una columna de opinión en el diario *El Tiempo*.

Una ilusión más y me da un infarto.

Helí Ramírez

El 8 de septiembre de 2009, después de estar amarrado a un crucifijo durante ocho horas en la plazoleta de San Francisco, en el corazón de Bogotá, le dijeron al profesor Moncayo que debía desocupar la calle. No le dieron permiso de seguir clamando de esa manera por un acuerdo humanitario entre el gobierno de Colombia y las Farc. Y salió de allí a las ocho y media de la noche con un grupo de acompañantes, caminando por el penumbroso centro, en medio de una noche helada de media luna y de transeúntes urgidos de llegar a sus casas; la mayoría ignorantes de la tragedia humanitaria que vive el país, la mayoría con sus afanes tatuados en la cabeza, sin tiempo de ver noticias, sin tiempo para ver a un hombre con una cruz a cuestas, con las manos atadas por cadenas, que asume en silencio otra derrota más y no se da por vencido.

Mil doscientos kilómetros al sur, por allá en un pueblito llamado Sandoná, estará Estela Cabrera de Moncayo dictando sus clases de lengua castellana en el colegio Santo Tomás, tratando de hilar palabras para sus alumnos, pensando siempre, como dice ella, en su esposo, su hija Yuri Tatiana y, sobre todo, en Pablo Emilio, secuestrado por las Farc hace más de once años en el escarpado cerro de Patascoy, en Nariño.

La casa de la familia Moncayo Cabrera queda en el barrio Nuevo Mundo, en una pequeña colina desde donde se divisa buena parte de Sandoná. Fue construida con los años en un terreno de 70 metros cuadrados, tiene tres pisos y un sartal de lamentos enredados

en cada ladrillo y cada teja. En la pequeña sala de sillas Rimax hay un enorme cartel con la foto de Pablo Emilio, vestido de camuflado, con un gesto indiscutible de adolescente que contrasta con los galones que lo distinguían en ese entonces como cabo del Ejército colombiano, y que lo ubicaban en un bando de este conflicto armado de marras que padecemos los colombianos.

Ese cartel le imprime a todo el espacio un aire de templo sagrado, de esos en donde se lloran penas y se elevan plegarias para que todo vaya mejor, porque, en realidad, todo ha ido de mal en peor desde aquel 21 de diciembre de 1997.

Diez días antes el profesor Moncayo y su esposa Estela habían estado en el batallón Boyacá, hablando por microondas con Pablo Emilio, que estaba asignado a un batallón en el Cerro Patascoy. Ese día, el joven militar le dijo a su padre que le guardara el secreto para no preocupar a nadie, pero que había rumores de que la guerrilla se iba a tomar el cerro. A su madre, en cambio, la tranquilizó diciéndole que él era como las hienas, que así estuviera comiendo “M” siempre tendría una sonrisa.

Ese mismo día el profesor Moncayo le propuso a su hijo una coartada para que pudiera pasar navidad en casa. Dirían que Estelita, su madre, estaba enferma, conseguirían una certificación médica y todo listo: con seguridad le darían una licencia. —No padre —dijo Pablo Emilio—, yo soy la persona más importante aquí: me encomendaron el cuidado de estos equipos. Y si la guerrilla se quiere tomar este cerro, Dios no lo quiera, habrá un enfrentamiento, y no puedo dejar a mis compañeros solos. —Fueron las últimas palabras de viva voz que Pablo Emilio le dirigió a su padre.

El 24 de diciembre les avisaron que se habían tomado el cerro, y que había varios soldados muertos. No les dijeron más porque el Ejército aún no había llegado al lugar del ataque. Y es justo en ese momento, ese 24 de diciembre del 97, cuando comenzó el calvario para la familia Moncayo-Cabrera.

Hacia el 10 de enero el profesor Moncayo decidió ir por sus propios medios hacia el cerro. Sin saberlo, recorrió cuesta arriba el mismo camino que su hijo hizo cuesta abajo, descalzo como todos los rehenes. Se había convertido en un prisionero de las Farc.

En la laguna, un campesino le contó al profesor Moncayo que había ayudado a bajar cadáveres. Que todo era tan espantoso, que quedaron un sartal de piernas, brazos y cabezas sepultadas bajo los escombros. El “ tenía la secreta esperanza de encontrar a su hijo escondido en algún lado de aquella imponente montaña, que da la bienvenida a las espesas selvas del Putumayo. Pero no hubo tal hallazgo. Tan sólo logró congelarse, y sintió rabia por las precarias condiciones de la base y por el aleve ataque guerrillero. También se llenó de pesadumbre y culpa porque de alguna manera él había tenido que ver con la decisión de Pablo Emilio; esa maldita decisión de hacer curso de suboficial.

¿Cómo rayos termina el hijo mayor de una pareja de profesores de humanidades como suboficial del Ejército de Colombia? Más que la convicción por defender la democracia, estuvo la escasez y la pobreza. Como tantos jóvenes colombianos, Pablo Emilio terminó su bachillerato y quedó en el limbo. El profesor Moncayo no era profesor de planta en ese entonces. Tenía 10 horas cátedra en un colegio, dictaba clases sábados y domingos en otra institución de bachillerato acelerado, enseñaba música y reparaba radios y televisores para ajustar su precaria economía. La situación era dura. Vivían en casa de los padres de Estela y tenían cuatro hijos.

—Le dije a Pablo Emilio: ¿por qué no haces un curso de suboficial? Vas a recibir un trato diferente al de soldado. Si te gusta, pues continúas, si no te gusta, pues espero recibir mi posgrado, ascender de categoría, estar de planta en un colegio, y así te podré pagar la universidad —cuenta el ‘profe’.

Hoy en día el profesor defiende la objeción de conciencia como un mecanismo para evitar que gente inocente caiga en esta guerra, que nos tiene hasta el cuello. Y adonde va con su mensaje de paz y amor, promoviendo el acuerdo humanitario, tiene una nutrida audiencia y varios medios de comunicación pendientes de cualquier movimiento suyo. El profesor Moncayo es como una marca famosa como Coca-Cola o Pepsi. Y aunque es improbable que haya un colombiano que no sepa quién es “el Caminante de la paz”, la historia no siempre ha sido así.

De Moncayo sabemos hace poco más de dos años, cuando comenzó a caminar y se robó la mirada de todos los medios masivos. Pero Pablo Emilio lleva casi 12 secuestrado. ¿Qué pasó durante esos diez años en que todos ignoramos que había un cabo del Ejército llamado Pablo Emilio Moncayo secuestrado? ¿Sabíamos acaso que los secuestrados tenían dolientes? ¿Que tenían padre, madre, hermanos y novia?

Fue el profesor Gustavo Moncayo quien comenzó buscando a los demás familiares de los secuestrados. Como podía viajaba a distintos municipios de Nariño, Cauca y Valle, para tomar fotografías, recoger cartas y buscar la manera de hacer llegar esos mensajes a sus parientes. Fue quien se encargó de juntarlos, de hacer un grupo. Y fue el primero que comenzó a llamar la atención de ciudadanos desprevenidos en la Plaza de Nariño, en Pasto. Se paraba solitario a enterar a todo el mundo de la tragedia humanitaria que tenían él y 520 familias de policías, soldados, suboficiales y oficiales del Ejército y la Policía. “¡Vivos se los llevaron, vivos los queremos!”, fue el grito de batalla que con el tiempo se convirtió en un estribillo vacío, una especie de letanía que recitan los familiares en las plazas públicas, escuchada por los ciudadanos desprevenidos como un rosario lejano, rezado por viejas plañideras.

La elección de Andrés Pastrana como presidente de Colombia en 1998 se recibió en la casa de los Moncayo como una buena noticia. La fotografía de uno de los asesores de Pastrana, sentado con ‘Tirofijo’ en “las montañas de Colombia” les hacía pensar que habría una negociación, un acercamiento, un intento de diálogo. Y lo hubo.

—Muchas personas me dicen que eso del Caguán fue un engaño —dice el ‘profe’, y luego se pregunta—: ¿Cuál engaño? La zona de distensión se hizo, en parte, para el intercambio humanitario. Y allá fueron liberados 370 soldados y policías. Los primeros 50 fueron intercambiados por 17 guerrilleros enfermos. Luego la guerrilla liberó a 320 soldados y policías unilateralmente. ¿Cuál engaño? Entonces para un colombiano ¿cuánto vale la vida de un ser humano? ¿Cuánto vale un policía, un soldado? Uno sólo que se hubiera liberado hubiera sido una ganancia total, y liberaron a 370 seres humanos que se estaban pudriendo en la selva. No veo el engaño.

Como es obvio suponer, el profesor Moncayo viajó cada vez que pudo al Caguán, a implorarle a las Farc que liberaran a su hijo. La mecánica de esos viajes era más o menos así: salían titulares en los medios anunciando que 25 embajadores irían al Caguán. Moncayo veía una oportunidad de hacer visible su problema y agarraba el televisor, la máquina de coser o cualquier otro electrodoméstico y, gracias a su buena reputación en el pueblo, conseguía que le prestaran dinero dejando estos cachivaches como prenda.

Muchos de estos viajes fueron de ayuno en ese entonces, sin dónde dormir ni qué comer. En servilletas escribía sus bitácoras: “con esta es la décimosexta vez que viajo al Caguán”. Cosas así que le mantenían la mente ocupada. Al mismo tiempo centenares de personas visitaban el Caguán en plan turístico, como quien va a hacer un tour: “venga y conozca a un guerrillero en persona”.

De esos viajes, todos sabemos, no consiguió nada. Salvo que, tiempo después, alguien puso a circular en redes de Internet como *Facebook* y *Youtube*, unas fotografías en donde aparece el ‘profe’ junto a ‘Tirofijo’. Y por esas fotografías ha sido tildado de guerrillero. Rabiosos foristas del periódico *El Tiempo* destilan veneno en Internet contra Moncayo, ignorando adrede que fueron muchas las personas que visitaron el Caguán. Además de los negociadores del gobierno, periodistas de todo el mundo, estudiantes, gente del común, extranjeros de todas partes querían ir a conocer a la guerrilla más antigua de América. ¿Cuál de todos aquellos visitantes hubiera despreciado una fotografía con ‘Tirofijo’, el guerrillero más viejo del mundo? Ahí estuvieron sonrientes, para la foto tanto los cacahos económicos como dirigentes políticos, entre otros.

Para entonces venía sonando con fuerza en el país un eslogan que sepultaría de alguna forma las esperanzas de recuperar a Pablo Emilio por las vías amables: “Mano dura, corazón grande”. Venía cabalgando de boca en boca –pisando duro, como dicen en Antioquia– la campaña a la presidencia de Álvaro Uribe Vélez. Era la consecuencia lógica de que los intentos de diálogo del gobierno Pastrana se estuvieran yendo al traste y de una especie de hastío que la opinión pública empezó a sentir por las Farc.

En alguna ocasión le preguntaron a Estela Cabrera de Moncayo si había votado por Uribe en las elecciones de 2002. Ella sonrió con ironía. Desde entonces sabía lo que traía enredado aquel eslogan.

—Ese eslogan privilegiaba las acciones militares y descartaba de tajo toda posibilidad de una salida política negociada al conflicto. La campaña de él era guerrerrista. ¿Cómo iba yo a votar por algo así, sabiendo que Pablo Emilio estaba secuestrado?

Porque un rescate militar es algo que ningún familiar quería ni quiere hoy en día. La lógica es simple: la vida de los secuestrados. Una respuesta militar evoca el intento de rescate de los magistrados de la Corte Suprema de Justicia en noviembre de 1985, cuando el M-19 se tomó el Palacio de Justicia. Ninguno sobrevivió. Un holocausto que Colombia no ha podido superar y que con el tiempo sigue arrojando revelaciones siniestras: desapariciones, torturas y ajusticiamientos por parte de los militares de entonces.

Así como la estrategia del gobierno cambió, la de los familiares de secuestrados también. Acuñaron un eslogan que hiciera contrapeso a las intenciones de Uribe: “Acuerdo humanitario ¡Ya!”

El ‘profe’ recuerda la frustración que sentía cuando viajaba a Bogotá para pedirle al gobierno que se decidiera a hacer un acuerdo humanitario. Pedía permiso en el colegio, empeñaba sus cosas y juntaba el dinero necesario para llegar hasta la Plaza de Bolívar. De todos modos, tenía que pedirle descuento a la flota, porque de otra manera no podría llegar.

—Y cuando el bus paraba para que comiéramos, yo agarraba un palillo para limpiarme los dientes porque ni para un tinto tenía. Era la imagen de Pablo Emilio en la selva la que me ayudaba a soportar el hambre y esas penurias —dice.

Cuando llegaba a Bogotá, se reunía con los demás familiares de secuestrados en la Plaza de Bolívar y gritaban durante horas: “¡Vivos se los llevaron y vivos los queremos!”. Cuando se acababa la marcha se devolvía para el terminal de transporte para viajar a Pasto; luego a Sandoná, y al colegio de nuevo.

La ecuación se le fue antojando inútil a Moncayo. Viajaba durante 59 horas de Sandoná a Pasto y de ahí a Bogotá, y luego, el regreso, todo para estar un par de horas en la Plaza de Bolívar. No se

justificaba. Nadie los veía. Nadie los oía. Nadie los entendía. Entonces, el día del padre, en junio de 2007, cuando su hijo estaba por cumplir diez años de secuestrado, el profesor Moncayo tomó la decisión de irse caminando para Bogotá.

En este punto se hace necesario ceder la palabra a Estela para que relate cómo fue la salida. Y que sea la madre, la esposa, la del silencio mediático, la que sostiene ese hogar en pie pese a tantas vicisitudes, quien nos cuente cómo ocurrió:

—Llegó de Bogotá después de la marcha con los profesores, y me dijo: —Me voy a Bogotá, Estela. —Yo le dije—: No, usted no aguanta eso. Piénselo. —Pero dijo—: Ya lo tengo decidido. Es que se están pudriendo en esa selva y no hacemos nada por ellos. Los plantones de la Plaza de Bolívar son de poquita gente todos los martes y no pasa nada. Y esos muchachos allá se están pudriendo. —Le dije—: Gustavo, por favor, en el camino hay peligros. No lo haga, por favor. —Le repetía que no lo hiciera, pero él dijo—: Salgo el día del padre, les diré a los medios de comunicación y me voy.

Llegó el día anunciado, el día del padre, cuando empezaría la marcha.

—Ese día le preparamos una comida. Mi hija le dijo: No nos haga eso, papá. —Estaba llorando. Todos estábamos tristes por esa decisión, sabíamos que teníamos que apoyarlo porque era su decisión. Y como familia sabíamos que tenía razón: los secuestrados estaban pudriéndose en la selva y alguien tenía que hacer algo. Y salió y se fue. Cuando ya había salido, Yuri dijo: —No, no dejo solo a mi papá, me voy con él.

Yuri empacó en su mochila un poco de ropa, y se fue a caminar también.

—Mi hermano y yo nos fuimos a verlos a Pasto el día lunes. A ver si habían llegado y cómo habían llegado, porque teníamos el alma en vilo. Y mi hermano, que los acompañó hasta arriba, hasta Chapultepec, llegó llorando. —Salieron solos —dijo—, solos por esa carretera.

—Ahí están en una foto —recuerda Estela.

Los medios registraron la noticia como registran tantas otras en Colombia: llenando el día a día y esperando que se esfumara como

la mayoría. Pero a los cinco días de caminata tuvieron que registrar el inicio de una avalancha que se cernía sobre Bogotá. Una avalancha de paz. Porque por cada vereda y municipio por donde el 'profe' pasaba, se adherían personas que lo acompañaban un buen trecho. Y la masa de gente fue creciendo, y la noticia se fue convirtiendo en un hito como ninguna otra en este país. Parecía una campaña libertadora. En todo Colombia se sabía que un hombre y su hija marchaban por el acuerdo humanitario. Y los pueblos se preparaban para recibirlos con el delirio con el que seguro recibieron al ejército libertador en su época.

No fueron pocas las propuestas que les hicieron al 'profe' y a Yuri, que pretendían capitalizar la caminata en otra dirección. En Silvania, Cundinamarca, por ejemplo, les llegó un mensaje: había un señor de Villavicencio esperándolos con las escrituras de una finca en los Llanos, con casa y cabezas de ganado.

—Dígale a ese señor que gracias, pero que no estoy marchando por una casa ni por unas vacas. Estoy marchando por la liberación de los secuestrados, por el acuerdo humanitario —mandó a decir Moncayo.

Para Estela, nadie esperaba que el profesor Moncayo tuviera un discurso. Ni esa voluntad de hierro ni esa tozudez ni esa dignidad. —A lo mejor esperaban a un campesino que podría ser silenciado con una casa.

La llegada a Bogotá en agosto de 2007 fue apoteósica. La ciudad entera tuvo que prepararse para su llegada. La horda de gente que se fue adhiriendo en la ciudad rebasó las expectativas. Y los secuestrados por fin tuvieron un lugar en el corazón de los ciudadanos. "Acuerdo humanitario", fue el grito de paz que cimbró los cimientos de la capital. Al llegar a la Plaza de Bolívar, la misma donde gritó muchas veces una consigna ignorada por transeúntes y políticos indolentes, esta vez fue recibido como un héroe. Todas las miradas estaban sobre él y los micrófonos nacionales y extranjeros se abrieron para escucharlo.

Muchos opinan que desaprovechó la oportunidad que tuvo de hablar frente a frente con el presidente Álvaro Uribe. Pero nadie sabe realmente lo que pasó en la carpa instalada en plena plaza, donde

se reunieron a solas Moncayo y Uribe, y que se convirtió por unos días en vivienda del profesor de Sandoná. De aquella conversación en todo caso no salió nada.

—El Presidente me dijo que nunca, óigase bien, ¡nunca!, iba a firmar el acuerdo humanitario —dice el ‘profe’.

Los detractores de Moncayo comenzaron una campaña para debilitar su imagen. El ‘profe’ dice que el presidente Uribe y el Ministro de Defensa presionaron al Gobernador de Nariño para que le anulara la licencia que le había dado el magisterio mientras hacía sus correrías. Comenzó a circular la fotografía de Moncayo junto a ‘Tirofijo’ por las redes de Internet. Se le abrió una investigación por presuntos nexos con la guerrilla. Y hasta se llegó a decir que Pablo Emilio no era hijo suyo, cosa que obligó a Estela a presentarles a las autoridades el registro civil y la partida de bautismo, para desmentir el rumor. —¿Qué más puedo pedirle yo a la vida? —se pregunta Estela con ironía—. La guerrilla tiene secuestrado a mi hijo, los paramilitares tienen amenazado a Gustavo, y el gobierno nos mandó a investigar por los permisos que nos daba el magisterio. ¿Qué más le puedo pedir?

El ‘profe’ Moncayo tuvo que renunciar al magisterio ese año y el cerco quedó completo. Se vio obligado a hipotecar la casa por 20 millones para continuar su lucha. Para fortuna suya, transitoria pero fortuna al fin de cuentas, le otorgaron el Premio Nacional de Paz. Un reconocimiento a su labor y, sobre todo, una legitimación de su lucha. De alguna manera ese reconocimiento blindó la seguridad del profesor Moncayo, de su hija y de su hogar en Sandoná.

No ha habido una semana desde entonces sin que el profesor Moncayo produzca una noticia. Ha recorrido 24 países y gran parte del territorio nacional. Ha dictado conferencias sobre el acuerdo humanitario en universidades y colegios. No ha cesado de caminar ni se ha quitado las cadenas. No ha dejado, tampoco, de enviar mensajes públicos al gobierno y a las Farc. Como el que envió desde Barranquilla el 6 de abril de 2009:

(...) el pasado 28 de febrero he emprendido una nueva marcha para llamar la atención del país y el mundo en torno a la necesidad de un intercambio humanitario que permita el

regreso de mi hijo Pablo Emilio y sus compañeros. Acompaño esta jornada con la propuesta de un referendo que ordene al gobierno hacer los arreglos necesarios para que cesen los más de once años de larga espera.

Ustedes en varias comunicaciones han dicho que la vida es una prioridad esencial y en estos días de reflexión por la Semana Santa, apelo a la caridad cristiana para que en un gesto unilateral consideren la posibilidad de poner fin al sufrimiento de muchas familias como la mía, anunciando la liberación de algunos cautivos, en los que aspiro esté mi hijo. (...).

Esta vez sus palabras tuvieron eco. Diez días después el 'profe' Moncayo recibió una llamada de la *W Radio* para avisarle que las Farc habían anunciado la liberación unilateral de su hijo Pablo Emilio. Eran las siete de la mañana y estaba en Sincelejo. La dicha fue total. Sus teléfonos colapsaron. Se armó tal algarabía que hasta hubo caravana de moto taxistas en esa ciudad y se armó una colecta pública para que Moncayo y sus dos acompañantes pudieran viajar de inmediato a Bogotá. La generosidad de los colombianos siempre ha estado a la orden del 'profe' Moncayo. A manos llenas recibe alojamiento, comida, transporte, a cambio de la semilla de esperanza que ha sembrado. Ese día, a las cuatro de la tarde, tomó un avión para la capital.

La senadora Piedad Córdoba dijo entonces que la liberación se produciría en menos de 30 días. El Alto Comisionado para la Paz, Frank Pearl, también dijo entonces que el gobierno estaba "totalmente dispuesto a facilitar y garantizar las condiciones para que Pablo Emilio pueda volver otra vez a su casa". Han pasado cinco meses ya desde aquel comunicado y no ha pasado nada. Porque rojo, porque amarillo, porque grande o chiquito, porque patatí o patatá, porque fueque que fueque.

—A uno le parece insólita esa situación, como de humor negro, raya en lo macabro —dice Estela—. Porque el gobierno lleva más de once años pidiéndole a esa gente que los liberen, que los liberen; y ahora que las Farc ha dicho que van a liberar a dos secuestrados pero que tienen que estar presentes la senadora Piedad Córdoba y el profesor Moncayo, el gobierno no quiere. Yo no sé qué pensar de esa

situación —dice ella, con el dolor de once años y medio de ausencia metido el pecho, como un agujero negro.

Por esa posición del gobierno, inexplicable, Moncayo ha comenzado a cargar esa otra cruz. Ya no tiene a su hija Yuri Tatiana de acompañante. Por intermedio de Ingrid Betancourt, le dieron una beca para estudiar Ciencias políticas en Italia durante cuatro meses. Así que la familia Moncayo podría llamarse la familia Ausencia. El profesor, huésped de Colombia, se la pasa de casa en casa, de localidad en localidad, de pueblo en pueblo, lejos de Sandoná, de su esposa y sus hijas, de Pablo Emilio. Yuri Tatiana, huésped de Italia, lejos de su país, su padre, su madre, sus hermanas, de su hermano. Pablo Emilio, huésped a la fuerza de la selva, lejos de la libertad, de su familia y de su pueblo. La familia Ausencia es una familia de Odiseos.

Y Estela, como Penélope con su paciencia santa, teje y desteje su chal todas las noches esperando la llegada de todos sus héroes.